

EL MAESTRO RODOLFO OROZ

AMBROSIO RABANALES
Universidad de Chile

Cuando en 1936 ingresé al Instituto Superior de Humanidades de la Universidad de Chile —antesala del Instituto Pedagógico de la misma universidad— en la vieja e inhóspita casona de Alameda de las Delicias (hoy Avda. Lib. Bernardo O'Higgins) esquina de Ricardo Cumming (antes San Miguel), para iniciar mi carrera de profesor en la asignatura de castellano, debía estudiar, entre otras materias, y por primera vez, el latín. Fue así como conocí al joven maestro (40 años) encargado de impartir el curso: el doctor Rodolfo Oroz Scheibe.

Nuestra primera sorpresa —como alumnos recién salidos de la escuela secundaria— fue tener a un doctor —que no era médico— como profesor de un ramo humanístico. Nada sabíamos en esos momentos, por cierto, del doctor Federico Hanssen, fallecido en 1919, ni del doctor Rodolfo Lenz, quien había jubilado en 1925, para dejarnos definitivamente trece años después.

Otra cosa que nos llamaba también la atención en él, fuera de un infaltable puro en su boca, bajo un negro bigote —grueso y recortado—, y de unas abrigadoras polainas en sus zapatos, era su manera de hablar: reposada, ceremoniosa, como sopesando cada palabra, y con un dejo extranjero que para muchos era el de un alemán que conocía muy bien el español. Todo se aclaró más tarde cuando lo conocimos mejor: era chileno por su lugar de nacimiento, Santiago, donde vino al mundo el 8 de julio de 1895. Su padre fue el distinguido educador don Ruperto Oroz, quien, por haber sido enviado a Alemania por el presidente Manuel Balmaceda, “con el ánimo de encargarle una reforma substancial de los planteles de enseñanza normal del país”, conoció a la que luego sería la

madre de este niño, la señora Elena Scheibe. Más tarde, cuando sólo tenía seis años de edad, debió acompañar a su familia a Leipzig a fin de que su hermano mayor —quien se quedó en Alemania, donde falleció en 1977 después de ejercer como médico por más de cincuenta años— fuera sometido a una difícil operación quirúrgica. Allí, en casa de una tía abuela, profesora y pianista, hizo en privado los estudios básicos correspondientes a la *Vorschule*, para ingresar después (1906) al *Realgymnasium*. Este hecho ya revela la excelente preparación desde el comienzo, de este niño, puesto que el ingreso a este tipo de escuela secundaria no era nada fácil, por sus exigencias y alto prestigio. Además, la admisión en él tenía una gran connotación social: se sabía que todos los que terminaban con éxito sus estudios allí, contaban con un futuro muy prometedor. Este sería finalmente su caso, ya que no en vano “fue agraciado con el premio de honor que concedía la ciudad sajona a sus más destacados alumnos”. El currículo, eminentemente humanista, era de corte clásico con énfasis en la enseñanza del latín (9 años: 7 con 10 horas semanales, y 2 con 8), el francés (9 años con 2) y el griego (6 años con 6 horas semanales), e incluso las matemáticas (9 años). Con esta magnífica base —adquirida a una edad en que se asimila intelectualmente con gran facilidad— a la cual hay que agregar las grandes virtudes inculcadas por la institución: orden, disciplina, respeto, esfuerzo, eficacia, y el haber sorteado con éxito, durante una semana de brega, los siete exámenes escritos del bachillerato (con que finalizan los estudios de enseñanza media), es obvio que no encontrara ningún impedimento para ingresar, en 1915, a la “*Universitas Lipsiensis*”, la Universidad de Leipzig —con nombre latino, por supuesto— y fuera allí un alumno sobresaliente. En aquella época, esta universidad —cinco veces centenaria— era una de las mejores de Alemania, tanto por la elevada calidad del profesorado como por la seriedad de la investigación científica. “La investigación representa realmente el nervio vital de la universidad alemana”, escribirá más tarde el doctor Oroz. Así, el joven estudiante tuvo el privilegio de haber sido discípulo de maestros tan ilustres como el anglicista Max Förster, el fonetista Eduardo Sievers, los filósofos y sicólogos Guillermo Wundt —creador del primer instituto de sicología experimental— y Eduardo Spranger, entre otros, de algunos de los cuales aún conserva —después de casi 70 años— los apuntes de clases tomados taquígraficamente en forma clara y elegante.

Culminó sus estudios pedagógicos con 25 años de edad (1920), recibiendo de profesor de enseñanza media de cuatro asignaturas: alemán, inglés, francés y geografía, cuando ninguno de sus compañeros logró titularse en más de dos.

Es claro que su vocación fueron los idiomas (pues, además de los

nombrados, estudió italiano, portugués y árabe) y la geografía, aun cuando sus profesores pensaban que se dedicaría a la filosofía o a las matemáticas. El sentido profundo de estos intereses se hará comprensible más tarde cuando, a propósito del Instituto de Chile, escriba que “sin autoconciencia, sin preocuparse por la maduración de lo que caracterice a nuestro núcleo vital efectivo, sin conocer nuestro lenguaje, nuestra historia, nuestras posibilidades expresivas, nuestro contacto con el fondo no tocado de la nacionalidad, la contribución a las ciencias y a las artes quedará justamente en la zona de la aspiración y el esfuerzo emotivo, y no tendrá posibilidad alguna de mayor trascendencia”.

Pero hay un aspecto menos conocido de su personalidad: su afición a la pintura, que se reveló ya en sus años de estudiante. Verdaderamente es una lástima que no haya explotado más esta vena, pues es admirable su rica sensibilidad para el paisaje y el retrato, como puede comprobarse en los diversos cuadros que adornan su casa. Es de esperar que su hijo Gonzalo, de 17 años —nacido de su segundo matrimonio, esta vez con Pilar Valdivia—, llegue a compensar esta situación, ya que también posee dotes de excelente dibujante.

Con sus títulos de profesor, al año siguiente (1921) fue nombrado Asesor de Estudios de la república de Sajonia —las carreras más importantes del servicio civil estaban reservadas a graduados universitarios— y otro año más tarde, en mayo de 1922, se doctoró —en la misma Universidad de Leipzig— en filosofía con mención en filología inglesa. Su tesis, patrocinada —y luego elogiada— por Förster y Sievers, versó sobre el vocalismo del complejo poema épico posiblemente del siglo VIII, en anglosajón, *Beowulf*, sobre la base de un manuscrito del año 1000 aproximadamente. El rigor de este trabajo puede medirse, entre otros factores, por la fama de exigente que tenía Förster —tanta que muy pocos se atrevían a elegirlo para examinarse con él—, la que tampoco impidió que Oroz se hiciera su ayudante, heredando de él, sin duda, algunas de sus características más sobresalientes. De esta manera, quien, a su vez, llegaría a ser uno de mis más influyentes maestros, realizó la totalidad de sus estudios en Alemania, en la Alemania Imperial del káiser Guillermo, en donde permaneció durante 21 juveniles años, los años de plasmación de su personalidad, por lo que también sus raíces culturales son de origen alemán. Su primer matrimonio, en ese país, con Catalina Kamp, crítica teatral del *Leipziger Tageblatt*, no haría más que revitalizar estas raíces. Sin embargo, cuando ese mismo año 1922, con 27 años de edad, el nuevo y brillante doctor tuvo dos posibilidades para decidir su futuro: quedarse en Alemania —como su hermano—, donde para ejercer en propiedad debía nacionalizarse, renunciando a su condición de chileno, o bien, venirse a Chile;

felizmente para nosotros fue más fuerte su amor a la familia y al terruño, y su deseo de servir a la patria, que nunca negó, a pesar de haber salido de ella en sus primeros años de vida. Es que “uno lleva en la sangre algo que no se pierde” —comentará más tarde—, lo que permite enfrentar con éxito “el peligro del desarraigo, del dejar de ser uno lo que es...”, pues “no me siento partido en dos; no hay desdoblamiento en mi espíritu ni en mi alma”. Y en noviembre de 1922 estaba de regreso en Chile.

Sólo unos meses más tarde, en abril de 1923, ya se encontraba incorporado al magisterio nacional como profesor del Instituto Pedagógico, trece años antes de que yo tuviera la suerte de ser su alumno. Un instituto pedagógico fundado por alemanes, donde había enseñado ya Federico Hanssen, alemán nacido en Moscú, fundador de los estudios filológicos en Chile, formado en Lübeck, Leipzig y Estrasburgo, y donde estaba terminando de hacerlo Rodolfo Lenz, quien introdujo entre nosotros los estudios lingüísticos, y la gramática y el folclor como disciplinas científicas, después de haberse doctorado en Bonn. Desde entonces, hasta casi sesenta años después, el doctor Oroz va a ejercer los más variados cargos docentes sobre las más dispares materias —según, lamentablemente, se acostumbra hasta hoy en Chile, como unos cursos de alemán en el Colegio Alemán (Deutsche Schule)—, y a recibir las más preciadas distinciones por todo lo que su labor ha significado tanto para la docencia superior como para el conocimiento y desarrollo de la lingüística y la filología en nuestro país, y aun más allá de nuestras fronteras.

Su primera cátedra universitaria fue de latín y de literatura grecolatina, materias que sólo había estudiado en el *Gymnasium*, pero sobre las cuales poseía ya entonces un conocimiento muy por encima del necesario para enseñar a alumnos que, como yo, recién íbamos a ser “alfabetizados” en esta lengua. Dos años después (1925), debido a la inminente jubilación del doctor Lenz —su gran amigo desde entonces y hasta el día fatal de su muerte— debió hacerse cargo, interinamente, de su curso de filología española, el mismo que en mi tiempo se llamaba “gramática histórica española”, y que hoy, por la distante influencia de Saussure, lleva el nombre de “gramática diacrónica española”.

Poco después ganó la propiedad de la misma por el ya obsoleto sistema del concurso de oposición, donde, a través de un examen escrito y otro oral, hay que probar con hechos que se sabe, y no mediante el cómodo procedimiento del concurso de antecedentes, donde suele pesar más el número de “papeles” presentados que la verdadera capacidad del concursante. El principal examinador fue el mismo Lenz. El examen oral consistió en un análisis filológico de algunos trozos del *Poema de Mio Cid*, y duró

exactamente diez minutos, el tiempo suficiente para que el oponente mostrara su impresionante erudición.

También enseñó filología inglesa, filología francesa, lingüística general, lingüística románica y lingüística indoeuropea, materias, las tres últimas, en las cuales tuve la fortuna de ser su discípulo, indirectamente en la primera y directamente en las otras dos. Digo "indirectamente" en el caso de la lingüística general, en el año en que me inicié, porque el curso lo hacía entonces el profesor Max Flores —formado con Lenz— basándose en unos apuntes del doctor Oroz, quien, sin embargo, fue el que finalmente me examinó. Posteriormente, como ayudante suyo, y luego como su profesor auxiliar, asistí varias veces al mismo curso, ahora hecho por él, con gran objetividad, sin tomar partido por ninguna corriente o doctrina.

En la enseñanza de todas las materias, él actuaba como si estuviera en una universidad alemana, citando en media docena de lenguas extranjeras, sin concesiones, por lo tanto, a nuestra condición de "tercermundistas" (que apenas si dominábamos el español), quizás si confiando más en nuestras potencialidades que en nuestras realizaciones, y, sin duda, por respeto a su concepto de universidad, que, en última instancia, es respeto al más elevado concepto de cultura. A través de estos cursos, siempre admiré en él (fuera de su cronométrico sentido de la puntualidad) su indiscutible competencia y su sentido de responsabilidad para preparar sus clases: nunca improvisaba, pues, como se acostumbra en las universidades del país en el cual se formó, leía sus lecciones, llamando de este modo poderosamente la atención de la gran mayoría de los estudiantes, no acostumbrados a semejante método, el que tampoco aplicaban los demás profesores. Sus clases, en forma de conferencias, las llevaba, pues, escritas, en unas libretas de tapas negras, y en forma muy ordenada y con una letra pulcra y clara —como hasta ahora— que delataba el pulso y sentimiento estético del dibujante y el pintor. También admiré su claridad y sencillez expositivas, en nada incompatibles con la profundidad de los contenidos, y lo más encomiable: su serenidad y ecuanimidad en los exámenes orales —otra práctica en desuso—, tomados además con rara maestría. La verdad es que, hasta no recibir la calificación, el alumno no sabía si había sido aprobado o reprobado, pues con la misma inmutabilidad ponía tanto la nota máxima —de esporádica ocurrencia— como la mínima —altamente predecible. ¡Cuánto contraste entre esta actitud seria, aunque caballerosa, y su sano sentido del humor en situaciones informales!

Con los años, también debió ejercer numerosas funciones administrativas en el seno de la Universidad de Chile: Jefe del Departamento de Lenguas Románicas y del de Filología Clásica, creados por él (1931);

director del Instituto Pedagógico por más de diez años (1933-1944, año, este último, de una de las tantas deplorables reformas universitarias que hemos tenido) y director del Instituto de Filología, también de su creación, por veinticinco años (1943-1968). Este instituto fue concebido para la investigación exclusivamente, la que habría de realizarse con el más puro espíritu científico, pues —según las propias palabras de su fundador— “la ciencia es [...] el único camino que llevará a la concordia de las sociedades humanas, aproximándolas cada vez más al ansiado ideal de la universal fraternidad, de la igualdad social y de la justicia. Engendra sabiduría, benevolencia y tolerancia, respeto y consideración mutua que conducen a la armonía, fundamento de la paz”. Obra también suya, y bajo su dirección por casi 50 años, es el órgano de expresión de esta entidad, el *Boletín de Filología*, que, desde su fundación —aunque con otro nombre— en 1934 hasta ahora, ha alcanzado al poco frecuente número de 31 tomos y un prestigio del que pocas revistas hispanoamericanas de esta índole pueden enorgullecerse, tanto por las colaboraciones de los más connotados lingüistas y filólogos extranjeros como por las nacionales. Posteriormente dirigió el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales por once años (1957-1968) y la Escuela de Graduados de la Facultad de Filosofía y Educación (1966-1968).

Ahora bien, su preocupación permanente por la lengua española, sobre todo en su modalidad chilena —en busca de sus raíces—, tenía que llevarlo de un modo natural a la Academia Chilena de la Lengua (1938). Felizmente para la corporación —pues son los grandes hombres los que hacen a las instituciones, y no al contrario—, esta vez, en el momento de la votación para llenar la plaza vacante, los señores académicos escucharon la sabia solicitud de su director, don Miguel Luis Amunátegui Reyes, de “que se desentendieran de los naturales impulsos que nos llevan en estos casos a pensar en distinguidos amigos, que, aunque hayan figurado con brillo en las letras, en la diplomacia, en la política o en el foro, no han hecho estudios especiales en el campo de la filología, que es el que debe cultivar con preferencia esta academia, fundada, principalmente, para el mejoramiento de nuestra lengua”. Años más tarde llegó a ser su director —cargo que mantuvo durante veintiún años (1959-1980)— y, desde el comienzo, sin la menor duda, su máximo exponente. Aunque renunció al cargo en 1980, desde entonces, como merecido homenaje, es, con justicia, su Director de Honor.

Pero también sus diversos trabajos dedicados a estudiar la lengua de Pedro de Valdivia, Ercilla, Pedro de Oña, Joaquín Prieto, Francisco de Miranda, lo hicieron merecedor de ocupar un sillón en la Academia Chilena de la Historia (1961). Su discurso de incorporación versó sobre *La*

Evangelización en Chile, sus problemas lingüísticos y la política idiomática de la corona en el siglo XVI. Más tarde, entre 1964 y 1967, llegaría a ser —por razones estatutarias— el primer presidente del Instituto de Chile, organismo encargado de coordinar la actividad de diversas instituciones académicas del país, incluidas las dos mencionadas.

Por cierto que no sólo las academias chilenas lo han llamado a prestigiarlas con su nombre y reputación, pues igualmente lo han hecho la Real Academia Española, la Academia Cubana de la Lengua, la Academia Cubana de Artes y Letras, la Academia Nacional de Letras del Uruguay, la Academia Argentina de Letras, la Academia Interamericana de Puerto Rico.

Igual distinción le han conferido otras instituciones extranjeras, pues tanto la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese (1947) como la Modern Language Association of America (1953), le han dado la condición de Miembro Honorario, destinada sólo a aquellas personas cuyos trabajos han adquirido repercusión internacional.

Tal es, en efecto, la calidad de la vasta producción intelectual del doctor Oroz, constituida por libros, artículos, notas y reseñas, estas últimas con juicios muy certeros y aleccionadores. En cuanto a su finalidad, son esencialmente de dos clases: didácticos y de investigación pura, en los cuales ha sabido aplicar —como en sus clases— todo el conocimiento y virtudes que asimiló como estudiante de la enseñanza media y universitaria.

A propósito de sus obras didácticas, recuerdo que mis estudios de latín los hice predominantemente con tres libros suyos: la *Gramática latina con notas lingüísticas* (1932), *Ejercicios latinos. Para cursos de humanidades y universitarios* (1932) y *Antología latina. Para cursos de humanidades y universitarios, con notas biográfico-literarias* (1927). Tal fue el éxito de estos manuales —varias veces reeditados— que la *Gramática latina* fue más tarde traducida al portugués para ser usada en el Brasil, y la editorial Kapelusz, de Buenos Aires, le encomendó la preparación de dos cursos que luego se llamarían *Latín I* (1951) y *Latín II* (1962), respectivamente, y ambos con “gramática y ejercicios”, combinando así, en los mismos libros, la teoría y su aplicación práctica.

Su *Gramática latina* constituye sin duda alguna el primer caso en Chile de un manual para el aprendizaje del latín elaborado científicamente y con criterio lingüístico, obra ésta, que, hasta hoy, después de más de cincuenta años, no ha sido entre nosotros ni siquiera igualada —menos superada—, y que, dado el poco interés que deplorablemente existe en el país por esta clase de estudios, es muy difícil que lo sea en el futuro. Con razón dijo el padre Morales, al recibir al doctor Oroz en el seno de la

Academia Chilena de la Lengua, que “por esta sola labor, su nombre sonará altamente y ocupará, sin duda, una página brillante en la historia de la enseñanza nacional”.

Sus *Ejercicios latinos* son un excelente ejemplo de lo que debe ser una obra didáctica, con contenidos inteligentemente distribuidos y graduados, yendo siempre y paulatinamente, de lo menos complejo a lo más complejo, con más de un sabio aforismo (“non scholae sed vitae discimus”), y con todos los complementos necesarios (como buen filólogo) para hacer más eficaz el aprendizaje (referencias a su *Gramática latina*, vocabularios por trozos, vocabulario general, etc.).

La *Antología latina*, en que, según sus propias palabras, ha querido reunir “lo más bello y perfecto que se halla en las obras de los autores clásicos”, es un claro exponente no sólo de su completo dominio del latín, sino también de su exquisita sensibilidad estética, la misma que lo ha hecho gustar de la pintura... y de la música. ¡Qué bien se comprende, entonces, que recién llegado a Chile les rindiera tributo en tres artículos, en nada ajenos a la concepción alemana del filólogo: *Las bases filosóficas de la pintura moderna*, *El expresionismo* y *La herencia del talento musical*! Es sabido que la filología alemana está inspirada en una “Weltanschauung”, humanista, conforme al tan citado aforismo de Terencio: “Homo sum: humani nihil a me alienum puto”, parafraseado por Jakobson —como pudo haberlo sido por Oroz— en la forma de “Linguista sum: linguistici nihil a me alienum puto”, para fundamentar “el derecho y el deber que la lingüística [el lingüista] tiene de dirigir la investigación del arte verbal”, puesto que “la poesía es un tipo de lenguaje”. La pintura, la música, la poesía, el lenguaje... en suma: la cultura, pero no como copia e imitación, “por cuanto es convicción de todo el mundo —nos recordará el doctor Oroz— que la cultura y el espíritu significan finalmente creación”.

Su envidiable condición de latinista —“rara avis” entre nosotros— está testimoniada igualmente por la traducción al español de la que fuera “la novela favorita de la Edad Media”: *Historia Apollonii Regis Tyri*, publicada en edición bilingüe con el nombre de *Historia de Apolonio de Tiro* (1955). Asimismo, por el hecho de que en cuatro ocasiones haya sido invitado por la Universidad de Buenos Aires y de La Plata a integrar jurados internacionales en la Facultad de Filosofía y Letras para elegir profesores de lenguas clásicas. Y por si esto fuera poco, cuando en 1953 fue delegado de la Universidad de Chile a la celebración del séptimo centenario de la Universidad de Salamanca, el maestro finalizó su discurso de salutación en perfecto latín ciceroniano, provocando la aclamación de pie del público asistente.

De carácter didáctico son también la “revisión, corrección e incremen-

to" del *Diccionario de bolsillo español-inglés e inglés-español*, de Wesseley y Gironés (1928) y el *Nuevo diccionario de la lengua castellana* (1943), destinado sobre todo a los estudiantes, con gran preocupación por los tecnicismos y americanismos, obra en que el doctor Oroz me confirió el honor de aceptarme como su colaborador. Ambos textos, por una parte dan a conocer al anglicista y al hispanista, y, por otra, ponen de manifiesto su principal interés lingüístico: el estudio del léxico, enfocado más descriptivamente que de un modo teórico.

Por su *Gramática latina* lo premió (1932) la Sociedad de Escritores de Chile, y por el conjunto de su obra didáctica, la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile (1933).

Pero sus intereses pedagógicos de maestro por auténtica vocación, encontraron cauce igualmente en su estudio sobre *El carácter de las universidades alemanas* (1926), en otro acerca de *La enseñanza de la filosofía en nuestros días* (1924), en donde el discípulo de Spranger propicia una enseñanza "esencialmente práctica, filosofía de la vida... filosofía en forma de un idealismo ético sobre la base nacional", y en un tercero relativo a *Juan Vives y los humanistas de su tiempo ante el problema de la enseñanza del latín* (1935), tema al que volverá muchos años más tarde en su conferencia *¿Por qué estudiar latín?* Aquí hace suyos los argumentos de Bello en favor del conocimiento de esta lengua desde la escuela secundaria: 1) "Es difícil hablar con propiedad el castellano si no se posee la lengua madre", pues nuestra lengua no es sino el mismo latín evolucionado; 2) nada hay como su estudio previo que facilite más la adquisición de las lenguas extranjeras [sobre todo de las neolatinas]; 3) la literatura latina es "un tesoro inapreciable para la alimentación de nuestro espíritu"; es fundamental el papel que ella ha desempeñado en la formación del espíritu y de la cultura occidental; 4) "es la lengua de la religión que profesamos"; 5) "apenas hay ciencia que no saque mucho partido del conocimiento de las lenguas antiguas, como que su nomenclatura es casi toda latina o griega"; 6) en los estudios legales, permite "penetrar en el espíritu de la jurisprudencia romana"; 7) "es uno de los mejores medios de cultivar las varias facultades del alma", como el espíritu de reflexión, el pensamiento lógico, la observación. "En nuestros tiempos convulsionados —reflexiona el doctor Oroz— en que todo se halla en una tremenda sublevación, en que la fe religiosa sufre menoscabo, en que la divinidad se ve amenazada en sus altares o expulsada de sus templos, para ceder su lugar a un ídolo o a la nada, en que se difunden nuevos conceptos acerca de la belleza en las artes y la literatura, vale decir, en los dominios de la estética, para lo cual se creía haber establecido normas inquebrantables... nos preguntamos si acaso no sea urgente acordarse de los grandes maestros de la antigüedad

clásica, de figuras excelsas como un Virgilio, quien fue el sol de la Edad Media y el lucero del Renacimiento, quiere decir, volver a aquellas fuentes eternas de inspiración y estímulo que nos brindan valores espirituales que dan sentido y realce a la existencia humana. Beber directamente en las fuentes que han nutrido en todos los tiempos a tantos espíritus selectos de habla hispana y de otras lenguas, será siempre un noble oficio y digna labor que promete compensar con largueza cualquier esfuerzo extraordinario que se haga”.

A la investigación pura —de un investigador erudito, paciente y minucioso— pertenece la mayor parte de sus publicaciones, las que se distribuyen entre las de carácter filológico (de filología clásica, germánica, española e hispanoamericana) y las de carácter lingüístico.

El más prototípico representante del primer grupo, elaborado en Chile, es indudablemente su edición crítica de *El Vasauo. Poema heroico de Pedro de Oña* (1941) —“la primera aportación fundamental del doctor Oroz a la historiografía chilena”, según nuestro ilustre historiador Eugenio Pereira Salas. El manuscrito había permanecido inédito desde 1635 hasta 1936, año este en que, como anticipo, el maestro publica los dos primeros libros. El texto definitivo va precedido de lo que el gran crítico de la estilística H. Hatzfeld, calificó en su momento como “excelente estudio referente a la estructura, ficción, caracteres, descripción y estilo de Pedro de Oña”, y un escritor nuestro, Gerardo Seguel, como un “estudio literario y científico que, seguramente, es el más valioso que hasta la fecha se haya escrito al respecto”. Modelo, en verdad, en su género, y digno exponente de la estilística fundada por la escuela idealista de nada menos que un Karl Vossler, un Leo Spitzer, un Amado Alonso, un Dámaso Alonso, un Alonso Zamora, etc.

Otras obras, además de la de Oña, le servirán también de estímulo para adentrarse en el laberinto emocionante de la creación literaria: el *Poema de Mio Cid*, los escritos de Berceo, Ercilla, Cervantes y, por cierto, de nuestro primer premio Nobel de literatura (1945), Gabriela Mistral. Con razón, el conjunto de sus ensayos estilísticos le permitió alcanzar el máximo galardón que se concede en nuestro país al que cultiva un género literario: el Premio Nacional de Literatura (1978).

Del área de la lingüística —y especialmente de la lingüística del español de Chile— son asimismo varias decenas de trabajos suyos, publicados en las más prestigiosas revistas nacionales e internacionales, pero sobre todo en el *Boletín de Filología*, que, como ya lo hemos señalado, él mismo fundó. Ellos cubren casi todos los aspectos que se tienen en consideración en esta disciplina, destacándose el dialectológico, con su obra *La lengua castellana en Chile* (1966). Exposición pormenorizada de nuestra realidad lingüística

elaborada a base de una encuesta nacional, constituye uno de los dos grandes proyectos que —gestándose ya en su mente en los años treinta— llegó a concretar. Entre otros galardones, esta obra lo hizo merecedor de la Gran Medalla de Plata “Andrés Bello”, de la Universidad de Chile (1966), y del premio “Atenea” de la Universidad de Concepción (1967). El otro proyecto era el de un atlas lingüístico de Chile, que, si no se realizó, al menos motivó el *Atlas lingüístico-etnográfico del Sur de Chile (ALESUCH)*, hecho en Valdivia por un grupo de jóvenes investigadores bajo la dirección de Guillermo Araya, uno de sus mejores ex alumnos, y cuyo primer tomo (único editado hasta ahora) se publicó en 1973.

Otros aspectos de la lingüística cultivados por el doctor Oroz son el fonético (*Estudio sobre la pronunciación del latín clásico en relación con los idiomas neolatinos*), el lexicogenético (*Prefijos y pseudoprefijos en el español actual de Chile*), el cronolexicológico (*En torno al léxico de Pedro de Valdivia, conquistador de Chile. Contribución a la cronología del español hispanoamericano*), el semántico (*El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno*), el onomasiológico (*La carreta chilena sureña, donde aplica el método “Wörter und Sachen”, con numerosos dibujos suyos*), el estilístico (*El elemento afectivo en el lenguaje chileno*), el etimológico (*El castellano de nuestros deportistas*), el antroponímico (*Sobre apellidos chilenos de origen hispánico*), el zoonímico (*El reino animal en las poesías de Gabriela Mistral, inédito*), el interlingüístico (*El problema de las lenguas universales*), el plurilingüístico (*Notas a “Hispanismos en el Mapuche”*).

Con tanta y tan prominente labor pedagógica, científica y administrativa hecha en favor de varias generaciones, donde de uno u otro modo siempre ha prendido su espíritu, florecido en un genuino amor por el lenguaje y en la exaltación de valores que, más que con la palabra, con el ejemplo supo inculcar, cómo no alegrarse de que tanto Chile como Alemania —sus dos patrias— le hayan manifestado públicamente su gratitud haciéndolo objeto de numerosas distinciones: por parte de Alemania Federal, Cruz del Mérito con Estrella, en el grado de Gran Oficial (1966), y por parte de la Universidad de Chile, además de la Gran Medalla de Plata “Andrés Bello” (1966), Medalla Rectoral “Andrés Bello” (1976), y, como culminación, con motivo de dejar finalmente su vida activa en la institución en que sirvió sin interrupción casi sesenta años, la condición de Profesor Emérito (1981).

Otra manera de la Universidad de Chile de mostrarle su agradecimiento, ha sido la publicación —con ésta que ahora ve la luz— de tres “Homenajes” en que sus ex alumnos, colegas y amigos le han testimoniado su admiración y afecto con algún trabajo de investigación, precioso regalo para un investigador nato. El primero, “Rudolpho Oroz sexagenario

sacrum hoc obtulerunt collegae discipuli amici”, constituye el tomo VIII (1954-1955) del *Boletín de Filología*; el segundo, “con ocasión de celebrarse el septuagésimo aniversario de [su] nacimiento”, dio origen a *Lengua, literatura, folklore. Estudios dedicados a Rodolfo Oroz* (1967), y el tercero, que es el presente, a propósito de reiniciarse la publicación de los *Anales de la Universidad de Chile*, cuyo segundo volumen (de tres que se publicarán al año) por ley “estará destinado a destacar a un maestro académico de la Universidad de Chile, en vida, seleccionado por el Comité Editor [...] de entre los diferentes candidatos que le presenten los organismos o entidades académicas de la Universidad y cuya obra se hubiere destacado por su importancia cultural y trascendencia nacional e internacional”. Este tercer homenaje encuentra al doctor Oroz casi nonagenario y con plena y admirable lucidez.

Una publicación más de esta índole le ofreció igualmente la Academia Chilena de la Lengua a través de su boletín, *BACH* 62 (1973), “para honrar a su director al cumplir [...] cincuenta años de doctorado en filología, obtenido en el extranjero, y puesto, por iguales lustros, al servicio y cultivo de las letras nacionales”.

Pero también la Municipalidad de Santiago le confirió el Premio Municipal de Literatura en 1967, presagio del que llegaría a recibir más tarde como homenaje de todo el país, el ya citado Premio Nacional de Literatura. Si en Chile se supiera que la lingüística y la filología son disciplinas genuinamente científicas, ninguno como el doctor Oroz hubiera tenido más méritos en estas áreas para haber recibido asimismo el Premio Nacional de Ciencias.

Diez años antes de que yo lo conociera, este insigne maestro contaba en el artículo antes mencionado sobre el carácter de las universidades alemanas, que éstas le piden a un profesor universitario (al “Herr Professor”) “que sea un hombre de verdadero espíritu y método científicos, un hombre que por el carácter de sus tareas debe tener profundos conocimientos de los detalles de su doctrina, y abrazar también en sus líneas generales todo el dominio de la ciencia para poder dar a su doctrina el valor que le corresponde. Debe tener la facultad de abarcar en conjunto todos los detalles. No debe ser, como dice Aristóteles..., un peón espiritual, sino un “Arkhitektonikós anér”, un hombre constructor, quiere decir, un hombre que conozca lo general y también los detalles. Debe tener ese talento y deseo irresistible de investigar, del cual depende el hermoso éxito de su esfuerzo”. Por cierto que el doctor Oroz no sabía que estaba dibujando su propio perfil intelectual.

Con su alejamiento definitivo de las aulas —aunque felizmente no de la Universidad, pues desde 1959 es miembro académico de nuestra facul-

tad— se nos fue, pues, uno de los últimos representantes de una generación de maestros excepcionales que no sólo realizaron su alto magisterio en Chile, sino también en otras latitudes, y que con el prestigio ganado a base de inteligencia, sensibilidad, esfuerzo y dedicación hicieron famosa, nacional e internacionalmente, a la Universidad de Chile en un momento en que, con orgullo, la considerábamos LA universidad de Chile.